

¿CRISIS DE FE?

Acabo de estar con mi médico. Es un liberal chapado a la antigua, que se asusta de lo que él llama crisis de la fe. Hombre que en su tiempo —tiene más de ochenta años— se le creía poco religioso, por ser médico de carácter independiente y crítico. Era expresión de lo que entonces fue usual en España. El profesional —y mucho más el de esta especialidad— tenía una cultura que se había desarrollado generalmente a espaldas de la cerrazón de nuestra fe hispana (de nuestro *nacional-catolicismo*, como se le ha llamado).

La verdad es que aquellos personajes, a quienes se les tenía miedo porque se les creía al borde de la herejía al hacer sus pinitos de pensar por cuenta propia, eran bien inocentes. Lo que ocurre es que España —la que componemos los treinta y cuatro millones de españoles— y el mundo de hoy han cambiado mucho. Se ha visto esto sobre todo con motivo de la reciente —y discutida— asamblea conjunta del clero y obispos, de la que los hombres chapados a la antigua se han asustado; incluso hombres como este médico mío liberal a la usanza de otras épocas todavía muy ingenuas.

¿Por qué? Porque eso que se ha llamado «clericalismo español» se había adueñado hasta de las mentes abiertas de entonces. El clero era el grupo que estaba en posesión de la verdad religiosa, y muchas veces de la humana. (¿No fueron muchos clérigos oráculos infalibles de los problemas políticos, culturales, sociales y familiares del país?) El clero era quien decía hasta donde se debía pensar, y por encima de todo estaba la fe. (La fe que ellos enseñaban, claro está.)

Hoy las cosas han cambiado mucho. Porque nos hemos dado cuenta de que lo que ellos nos decían entonces sobre la monarquía o la dictadura, alabándola y poniéndola por modelo de cristianismo, dejaba mucho que desear desde el punto de vista cristiano. Es más: tenía muy poco que ver con el cristianismo del Evangelio, hecho de otra masa muy distinta, porque estaba fermentada con levadura de progreso, libertad, cooperación, igualdad y respeto a todo hombre. Y no con levadura de paternalismo, minoría de edad, masa indiscriminada, docilidad ciega, intolerancia de grupo y corta visión del futuro, como fue buena parte de nuestro catolicismo nacional.

Por eso, hoy —como airea el Sínodo mundial de Obispos ya oficialmente— decimos claramente: «La Iglesia tiene el derecho y el deber de proclamar la justicia en el mundo social y de denunciar las situaciones de injusticia».

Esto no es hacer política —al menos como antes se entendía la palabra—, porque no es ya favorecer a los grupos de poder y de influencia, que constituyen el pequeño núcleo —o los pequeños núcleos— de la derecha. Ni tampoco es predicar la limosna para resolver los problemas sociales, como si todavía viviéramos en un mundo artesanal como el que vivió Jesús en la Palestina del siglo I.

El nuestro no es ya de ningún modo un mundo artesanal. Empieza a adquirir las características de la era industrial y de la cultura científica.

Y el clero está en vías de perder la estructura de grupos de poder, y empieza a ser fermento de la sociedad progresiva del porvenir. Aunque —fíjese el lector— digo sólo que empieza. Porque las cosas todavía no están bastante claras, y lo que antes era inclinarse a la derecha «porque lo mando yo», ahora —a veces— parece que es inclinarse a la izquierda, también porque lo manda el clero. Pero no: eso es reliquia de un pasado que está en vías de desaparición y que los seglares —codo con codo con muchos clérigos— estamos haciendo que se borre del mapa.

Ya no necesitamos que se nos diga ni siquiera lo que dice el Sínodo, porque al saber que la Iglesia somos todos los creyentes, y preferentemente el pueblo llano de Dios, todos y cada uno nos sentimos llamados a ser poco dóciles a un estamento de la Iglesia que nos tuvo aherrojados durante demasiado tiempo.

Aunque esas palabras del Sínodo sobre la justicia nos vengán bien. No tanto como cambio de postura de su jerarquía, sino como expresión de lo que siempre ha sentido el pueblo llano en la Iglesia, pero no se le dejaba decirlo y ni siquiera pensarlo.

Ahora lo que le hace cambiar al estamento eclesástico —lo que es un gran cambio en su historia— es que no puede volver a tomar la batuta (por más que la cambie de mano y aunque esto nos guste). Porque ha variado prácticamente el papel de la

jerarquía. Esta debe reconocer que la batuta de nuestros problemas la tenemos todos los creyentes ahora en la mano, y lo que más necesitamos que haga es favorecer el movimiento de la batuta. Para que sus palabras, paternalistas todavía, no se queden en el desván de las cosas olvidadas, sino en el de las cosas que nos acucian cotidianamente desde la vida.

Cuando oímos las palabras de los hombres de otros tiempos —como las de mi médico— tenemos que hacer un esfuerzo de comprensión del mundo que vivieron, tan distinto del nuestro, que es el de los todopoderosos genes, que poseen la clave del hombre futuro; de la informática, que ordena electrónicamente toda suerte de datos y hace casi omnipotente al hombre; el de la física cuántica y la energía atómica; el del moderno análisis del lenguaje, que demuestra la inanidad de gran parte de lo que aceptábamos antes beatamente en la fe o en la metafísica; el de los grandes inventos interplanetarios, que abren la imaginación humana hacia posibilidades insospechadas. Este es el gran cambio de mentalidad que el mundo ha proporcionado a los hombres. Y la que se manifiesta en los católicos —clérigos y seglares— que hemos dado un giro intelectual de 180 grados ante la vida.

¿Que todavía hay mucha ingenuidad, mucho paternalismo y muy poca coherencia? Sí, es verdad. Pero se están poniendo las bases —en el pueblo llano, que somos los nuevos clérigos y seglares— de un nuevo camino que nos llevará a una meta insospechada ayer: la del personalismo comunitario en la Iglesia y fuera de ella.

Los dos polos, individuo y sociedad, estarán unidos entre sí coherentemente, y empezaremos a ver en la Iglesia —y más allá de sus límites— una nueva dimensión horizontal. Que al descubrirla no podremos sentirnos ahogados por la presión de la pirámide clerical, que nos tuvo atados antes a todos: a los clérigos, los seglares; a los obispos, los clérigos, y a los cardenales de curia, los obispos. Ahora empieza a ser todo distinto. Porque comenzamos a descubrir el anhelo que llevábamos dentro y tenemos un mundo que lo propicia, pudiendo expresarlo más que con deseos ocultos, con palabras, y más que con palabras, con actitudes.

Por eso la fe para el creyente no puede ser un talismán que todo lo resuelva, ni tampoco un tesoro misterioso que se guarda celosamente de los peligros del mundo. Le fe si no está inserta en el mundo, si no la descubrimos en la entraña misma del mundo, no es nada. O mejor dicho, no será nada.

Y no lo será porque al hombre le empiezan a sobrar andaduras. Ya no necesita sentirse inválido —en un mundo de inválidos— para coger las muletas de la fe antigua; ahora ya no somos —o empezamos a no ser— minusválidos. Queremos tener nuestra personalidad y desarrollarla libremente, coherentemente. No queremos que se nos diga la última receta venida del mago de aldea, sino que sabemos cómo se hace la magia, porque la magia negra se ha convertido en magia blanca que está a la luz de todos.

Y Jesús —el gran personaje del Evangelio— creemos los cristianos que trajo al mundo un germen eficaz de liberación total. No de liberación neurótica, propia de seres alienados para siempre, sino de seres conscientes que se liberan de las ataduras misteriosas del inconsciente, que con su oscuridad nos tenía cogidos en una especie de monstruoso hipnotismo.

La fe ahora descubrimos que no está en las palabras que nos digan los clérigos o los católicos timoratos, sino que reside en el descubrimiento de ese germen de liberación total al contacto con la realidad, con la realidad del mundo actual, tan distinto del de ayer, en que reinaba un catolicismo de dominio y docilidad, de receta y de imposición ciega.

Hoy se nos abre un catolicismo cristiano, evangélico, en el que el obispo, el clérigo y el apóstol no son preferentemente las personas separadas del mundo y que lo dominan, sino quienes descubran al mundo la vitalidad de la redención, que el mundo mismo lleva en su entraña actual. Lo que San Pablo describió como redención universal de todas las cosas («ta panta», decía él).

¿Y haber descubierto esto es que la fe esté en crisis? Yo más bien creo lo contrario: que la fe se ha purificado y centrado en su punto, porque a la fe de ayer le sobraba misterio y le faltaba encarnación.

MIRET MAGDALENA